DISCURSO DE CONTESTACIÓN AL DOCTOR CALVO

(Sesión extraordinaria, 13 de diciembre de 1903.)

Designado por la Academia para contestar al discurso de recepción que acaba de leernos mi amigo, el doctor Ignacio Calvo, me complace tanto el desempeño de mi cometido, cuanto me ofrece una deseada oportunidad de expresar al distinguido compañero y muy querido amigo el testimonio de mi estimación por sus méritos como hombre de ciencia, y el de mi entrañable afecto por las bellas prendas de su carácter y la bondad de sus sentimientos.

Yo bien sé que estas pocas palabras son más que suficientes para lastimar su modestia, que en él peca siempre por exagerada, pero también sé que, generoso como es con todos, me perdonará el buen amigo que esta vez me deje llevar por mis impresiones y permitirá que de la abundancia del corazón habla la boca. Pero si bien me complace ser yo el que contesta al doctor Calvo en su recepción en esta Academia, por la gran estimación que le profeso, siento por otra parte no tener facultades de expresión bastante sugestivas para presentaros como quisiera al distinguido compañero a fin de que le apreciarais en todo lo que vale y para hacer resaltar ante vosotros el mérito del trabajo que acaba de leernos. Por fortuna es bien conocida su personalidad, y si pecco por escaso colorido al referirme a él, no será difícil suplir la deficiencia mía con vuestra penetración.

Antes de darnos a conocer sus experiencias para encontrar el bacilo de Eberth en el agua de un pozo de esta ciudad, dedica el doctor Calvo un grato recuerdo al Laboratorio de la «Crónica Médica» en el cual se ha formado como bacteriólogo experto, conforme habéis podido apreciarlo por el trabajo que acaba de leernos.

Nos dice cómo le impresionó favorablemente el laboratorio y sus profesores desde su primera visita, pero no nos dice, ni podía decírnoslo, la impresión que a su vez nos causó a todos. Recuerdo que fueron unánimes las celebraciones que a sus espaldas prodigamos al joven médico que nos

había visitado, a raíz de su despedida. Todos reconocimos en él una vasta instrucción médica, un juicio certero y un carácter noble que se reflejaron en todo cuando expuso al departir amablemente sobre variados asuntos. Esto unido al sello de distinción que le caracteriza, correcto en todo con espontánea naturalidad, culto y cortés, revelando una educación esmerada, a la par que una instrucción sólida en conocimientos médicos, nos hicieron estimarlo como una valiosa adquisición para el laboratorio y nos empeñamos en atraerlo. Bien pronto fue el amigo de todos los profesores, sobre todo del que os habla, porque yo podía apreciar, mejor que los otros compañeros, el ardor con que se entregaba a las investigaciones y técnicas bacteriológicas. El trato diario con el doctor Calvo, mi directa participación en sus estudios y práctica bacteriológica, el comercio intelectual que se establece entre dos médicos que se ven diariamente, con mayor razón si aparte de la clínica tienen la afinidad de consagrarse a la misma especialización, las gratas conversaciones que tenían por objeto los progresos y el ancho horizonte en la bacteriología en el presente y porvenir de las ciencias médicas, o bien consideraciones sobre ciertos hechos de observación que recogíamos de la clínica y cuyo encanto pondera el insigne Trousseau, todo contribuía a que el lazo de la amistad fuera cada día más estrecho. Como dice muy bien el doctor Calvo, en el laboratorio respirábamos una atmósfera sana, vivíamos en un ambiente en el que no se conocían malas pasiones y sí sólo el atractivo de la investigación científica unido al de un compañerismo fraternal.

De aquel grupo de médicos dedicados a la medicina experimental, atraídos allí por sus aficciones y alentados por la emulación que en ellos sabía despertar su dignísimo Director, muchos de ellos han ocupado después connotados cargos públicos, desde los cuales han prestado y prestan sus servicios a la República. El doctor Calvo la sirve en su destino de bacteriólogo en el Laboratorio Nacional en el que se han efectuado las experiencias que dieron origen al trabajo que hoy ha traído a la Academia, experiencias que se realizaron en cumplimiento de una orden del señor Jefe de Sanidad.

Nadie mejor que el doctor Calvo estaba capacitado para desempeñar el destino de bacteriólogo clínico, porque en él se aúnan en feliz consorcio la clínica con la bacteriología. Para que lo avaloréis en lo que vale como clínico, baste con decirnos que la mayor parte de sus antiguos compañeros del Laboratorio de la Crónica, el que os habla entre ellos, le consultan en sus enfermedades y en las de sus familiares, lo cual prueba que se le considera tanto más como buen clínico cuando más íntimamente se le trata.

No os enumeraré los trabajos científicos que como autor o colaborador ha publicado, para no ser demasiado prolijo, pero sí he de citaros por su importancia el del empleo del suero artificial en las infecciones o intoxicaciones, gracias al cual se han generalizado en nuestro país las inyecciones de suero artificial en determinados casos de la práctica médica, pues antes de su trabajo sólo los cirujanos habían hecho uso de ellas entre nosotros. Otro trabajo importante del doctor Calvo, es el que presentó, en colaboración con el que os habla, en el Congreso Pan Americano, celebrado en esta ciudad, que se refiere al tétanos y su profilaxia, cuyas conclusiones son en el fondo las mismas que más tarde fueron sancionadas en el Congreso francés de Cirugía de 1902.

Un hecho que pone de relieve su competencia como bacteriólogo es el siguiente:

En los primeros meses de este año se alarmaron varios ganaderos de las provincias de Matanzas y Santa Clara, por la aparición de una enfermedad del ganado vacuno en el que causaba muchas víctimas, constituyendo una seria amenaza para esta fuente de riqueza. El Gobierno nombró una Comisión compuesta de los doctores San Martín, Cuervo y el que os habla, para que investigara e informase sobre la naturaleza del mal que se presentaba con caracteres de epizootia. Mientras esta Comisión desempeñaba su cometido en la provincia de Matanzas, un hacendado de La Habana remitía al Laboratorio Nacional, sangre procedente de una res enferma, que como otras de su finca, había sido presa de una enfermedad no conocida. El doctor Calvo evidenció en aquella sangre el bacilo del carbunco sintomático hasta entonces desconocido en la isla de Cuba. Mientras tanto la Comisión investigaba en el campo, cuál era el agente causal de la epizootia reinante, hallando a su vez el mismo bacilo en la sangre de las reses invadidas por el mal recién aparecido, ocurriendo en esto la coincidencia del hallazgo simultáneo de un mismo germen, como ocurrió en el de la peste bubónica, descubierto al mismo tiempo por Yersin y Kitasato, operando en campos distintos de experimentación en diferentes lugares.

Recientemente ha evidenciado también el bacilo piocianico en el exudado de una angina, teniendo preparadas algunas notas para un trabajo inédito, sobre este germen como agente causal de anginas, en cuya afección sólo él en Cuba y Plumber en Alemania, que sepamos, han tenido ocasión de comprobar.

Antes de terminar, he de deciros algunas palabras sobre el trabajo que nos ha leído. Todos sabéis que de algunos años a esta parte la fiebre tifoidea se ha estacionado de un modo permanente en esta ciudad, por cuyo motivo

han sido analizadas las aguas del consumo público en distintas ocasiones sin hallar en ellas el bacilo de Eberth; pero en el agua de un pozo del Vedado analizada con el fin de averiguar si en ella existía dicho bacilo, las investigaciones hechas por el doctor Calvo han sido coronadas con el éxito, siendo esta la primera vez que se ha evidenciado entre nosotros la presencia del bacilo de Eberth en este medio inorgánico, hallazgo cuya importancia para la higiene pública no he de ponderaros.

El trabajo del doctor Calvo dándonos cuenta de sus investigaciones encaminadas al fin que se proponía, es, a mi modo de ver, el más acabado de cuantos se han producido en Cuba en persecución de un microbio cuya presencia sólo se percibe por sus estragos. Los caracteres del germen aislado por él que se codensan en las conclusiones de su trabajo, evidencian con toda certidumbre, sin que sea dable abrigar la menor duda, que el germen que nos describe es el bacilo de Eberth, de lo cual se desprende que resultan peligrosas para la salud pública las aguas de algunos pozos de esta ciudad que se emplean para fines domésticos.

He de terminar felicitando al doctor Calvo por su ingreso en la Academia por la merecida distinción que esto significa, y felicitar también a la Academia por recibir en su seno a tan prestigioso compañero, al que, en nombre de todos, le doy la más cordial bienvenida.

(De los «Anales de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana», tomo XL, pp. 269-273, año 1903-1904.)

(Sesión del 24 de enero de 1904)